

ARGUMENTO

DE LA

OPERA EN 4 ACTOS

RIGOLETTO

música del

Maestro VERDI



Precio 10 céntimos



ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

OPERA EN 4 ACTOS

Sala magnífica en el palacio del Duque. En el foro, varias puertas que dan entrada a otras salas profusamente iluminadas. En el fondo de las salas, señoras y caballeros ricamente vestidos. Se oye una música lejana y suenan de tiempo en tiempo ruidosas carcajadas.

Mientras las damas y los caballeros celebran una de esas fiestas tan comunes en aquella época, aparece el duque de Mántua, el cual se muestra deseoso de llegar al desenlace de la aventura amorosa que tiene empezada con una bella joven a quien ve todos los días festivos en el templo, y en cuya casa ha notado que entra todas las noches un hombre con mucho misterio. El cortesano que le acompaña le hace reparar en la hermosura de las mujeres allí reunidas; pero el Duque le contesta que para él todas tienen atractivo; que si hoy le gusta una, mañana quizá preferirá otra; pues para él en la variedad consiste el gusto. En esto aparece la condesa de Ceprano a la cual dirige amorosas palabras el Duque.

Entra en escena Rigoletto, y al ver que el Duque se lleva del brazo a la esposa de Ceprano, se lo hace observar a éste, el cual haciendo un

gesto de impaciencia, los sigue. Sale Marullo, y anuncia a sus compañeros que Rigoletto tiene una querida, de lo cual quedan todos pasmados.

Vuelven a la escena el Duque y Rigoletto y con ellos, Ceprano. Mostrándose fastidiado el Duque por la continua presencia de éste, y locamente enamorado de su esposa, el bufón le aconseja que la robe y que mande encarcelar o desterrar a su marido, y si necesario fuere, cortarle la cabeza. Desecha el Duque semejantes medios y enfurecido Ceprano, quiere arrojarse sobre el bufón; pero se interpone el Duque y Ceprano excita a los cortesanos a vengarse de Rigoletto, los cuales le prometen secundarle.

El conde de Monterone a cuya hija ha seducido el Duque, quiere hablar con éste; pero Rigoletto toma la palabra, previa la venia del Duque, y le insulta de nuevo, diciéndole a qué viene estar siempre reclamando el honor de su hija. Despachado el anciano Monterone, los maldice, a entrambos, maldición que deja aterrorizado a Rigoletto.

ACTO SEGUNDO

El desierto extremo de una calle solitaria. A la izquierda a una casa de regular apariencia con un pequeño patio rodeado de paredes. En el patio un árbol frondoso y un asiento de mármol; en la pared una puerta que salta a la calle; encima de la pared, un terradillo. La puerta del piso comunica con dicho terrado, al cual se sube desde el patio por una escalera que está al frente. A la derecha,

una pared muy alta del jardín y un lado del palacio de Ceprano.

Rigoletto va a entrar en su casa, sin poder desecher de su imaginación la maldición del viejo, cuando se le presenta Sparafúcile, bravo o asesino, a ofrecerle sus servicios por si quiere deshacerse de su rival; y contestándole Rigoletto que por ahora no necesita de él, se aleja diciéndole que cuando le convenga le encontrará en aquel sitio.

Entra Rigoletto en su casa donde está su hija, a la cual le aconseja que no salga nunca a la calle, porque corría riesgo su persona. Al mismo tiempo encarga a su doncella Juana que vigile mucho a su hija, para que en ningún tiempo se empeñe su candor. Parecele en esto oír algún rumor en la calle, y sale a examinar si hay alguien; aprovecha el Duque, que rondaba la casa, el dejar aquel un momento la puerta abierta, para introducirse en la casa, y vuelto a entrar Rigoletto, se despide de su hija, encargando a entrambas que no habran la querta a nadie.

Sola ya Gilda, se entrega a los amorosos recuerdos que le inspira un joven a quien ve todas las fiestas en la iglesia, cuando le ve arrojarse a sus pies y reiterarle sus protestas de amor, diciéndole que si consigue ser correspondido, todos los hombres envidiarán su fortuna. Dícele que es pobre, estudiante, y que su nombre es Gualtero Maldé. En esto se oyen pasos al exterior de la casa, y Gilda hace conducir al Duque a fuera por la puerta principal, quedando mas que

nunca enamorada de su amante, y encaminándose a su aposento.

Ceprano y sus amigos, enmascarados, la ven que vá a acostarse, y al ir a escalar el muro para robarla, ven llegar a Rigoletto, el cual les pregunta qué buscan por allí. Marullo le contesta que es una broma que quieren hacer a Ceprano, robándole su esposa, para lo cual van provistos de llaves, y que si él quiere tomar parte en la burla le darán una careta. Consiente Rigoletto, le vendan los ojos con achaque de asegurar la careta, y encargándole que sostenga la escala, entran en la habitación de Gilda y la arrastran consigo. Al oír Rigoletto las voces medio ahogadas que da su hija y las risotadas de los cortesanos al alejarse, se arranca la venda que le cubre los ojos, ve abierta su casa, entra en ella y no hallando a Gilda, conoce que ha sido víctima de una superchería, y cae sin sentido.

ACTO TERCERO

Sala en el palacio del Duque: puertas laterales y otra en el fondo, a cuyos lados hay los retratos del Duque y de la Duquesa. Una Poltrona junto a una mesa.

Entra el Duque y se muestra muy apesadumbrado por haberle sido robada su amada Gilda, Aparecen enseguida Marullo, Ceprano y Borsa con otros cortesanos, que le dan noticia de haber realizado el rapto de la querida del bufón.

El Duque se sobresalta, pues adivina que la que los cortesanos creen ser la querida de Rigoletto, no será otra que la inocente Gilda, y corre a cerciorarse de ello.

Entra el bufón, pregunta por el Duque, y los cortesanos le contestan que duerme todavía pero un paje de la duquesa le pone de manifiesto el engaño, y declara a los cortesanos que el Duque está sin duda con su hija que le han robado: quiere entrar en la habitación donde presume que estarán entrambos; pero se oponen todos a que penetre en ella. Sale Gilda y se arroja en brazos de su padre; y manifestándole que no se atreve a hablar delante de tanta gente, manda éste a los cortesanos que se vayan, y una vez solos, Gilda le refiere las relaciones que ha tenido con el Duque, creyéndole un pobre y honrado estudiante, y el fatal desenlace que ha tenido este amor. Decide el infeliz padre abandonar Mántua, y al ir a salir de aquella nefanda morada, aparece Montorone, que es llevado a la cárcel, y dirigiéndose al retrato del Duque, le vaticina que habiendo salido vana su maldición, será feliz todavía. «No, buen anciano, te engañas, exclama Rigoletto, en mí tendrás un vengador»; y lleno su corazón de deseos de venganza, jura que esta será terrible, mientras Gilda implora del cielo piedad para su fementido seductor, a quien no puede dejar de amar.

Entra el bufón, pregunta por el Duque, y los cortesanos le contestan que duerme todavía pero un paje de la duquesa le pone de manifiesto el engaño, y declara a los cortesanos que el Duque está sin duda con su hija que le han robado: quiere entrar en la habitación donde presume que estarán entrambos; pero se oponen todos a que penetre en ella. Sale Gilda y se arroja en brazos de su padre; y manifestándole que no se atreve a hablar delante de tanta gente, manda éste a los cortesanos que se vayan, y una vez solos, Gilda le refiere las relaciones que ha tenido con el Duque, creyéndole un pobre y honrado estudiante, y el fatal desenlace que ha tenido este amor. Decide el infeliz padre abandonar Mántua, y al ir a salir de aquella nefanda morada, aparece Montorone, que es llevado a la cárcel, y dirigiéndose al retrato del Duque, le vaticina que habiendo salido vana su maldición, será feliz todavía. «No, buen anciano, te engañas, exclama Rigoletto, en mí tendrás un vengador»; y lleno su corazón de deseos de venganza, jura que esta será terrible, mientras Gilda implora del cielo piedad para su fementido seductor, a quien no puede dejar de amar.

ACTO CUARTO

Desierta margen del Mincio: a la izquierda una casucha medio arruinada, por cuya fachada se ve el interior de una rústica posada en el piso bajo, con una escalera que sube a una especie de granero sin puertas ni ventanas, donde se columbra una mala cama. Es de noche.

Para realizar Rigoletto su venganza, se dirige con su hija a casa de Sparafúcile, que le había ofrecido su espada si algún día la necesitaba. Gilda persevera en su amor hacia el Duque, y son vanos los esfuerzos de su padre para desvanecer esa pasión. Mientras están a la puerta de la casa de Sparafúcile, oyen la voz del Duque, que en traje de simple oficial se presenta a pedir vino y un cuarto para dormir; y mientras se le dispone, requiebra a Magdalena, hermana de Sparafúcile. Rigoletto hace observar a su hija las costumbres de su amado, y le manda que, vestida de hombre, se encamine a Verona, donde irá a reunírsele al día siguiente. Véase Gilda, y su padre entrega a Sparafúcile el precio del asesinato del Duque. Enamorada Magdalena de la gallardía del Duque, intercede por él; mas su hermano le dice que es inútil, pues ha dado su palabra al hombre que le ha pagado, y no faltará a ella.

Gilda, vestida de hombre, antes de marcharse, quiere ver lo que sucede en la posada, y oye

que Magdalena propone a su hermano que en vez de matar al Duque, mate al primero que se presente a hospedarse, en lo que consiente Sparafúncile. Esto le sugiere la idea de sacrificarse por su amado, y lo realiza, llamando a la puerta y solicitando ser acogido.

Poco después viene Rigoletto a recoger el cadáver del Duque, con objeto de echarlo al río, y al ir a ejecutarlo, oye la voz de éste que sale de la casa cantando. Lleno de asombro, abre el saco a fin de ver el cadáver que encierra, y reconoce a su hija, sobre la cual cae sin sentido, exclamando; «¡Ah! ¡la maldición!»

FIN